

CELEBRAR LA FE Y LA VIDA CON MI COMUNIDAD PARROQUIAL

Soy natural de Mendigorría, un pequeño pueblo de la zona media de Navarra (España) que apenas llega a los 1000 habitantes. Todo el pueblo nos conocemos; sabemos los unos la vida de los otros. En el pueblo hay una parroquia, cuyo titular es san Pedro apóstol, aunque antiguamente hubo otra parroquia dedicada a la Virgen María, por lo que contamos con dos iglesias. Sin embargo, solo en contadas ocasiones del año, se utiliza la primigenia parroquia. Hay también dos ermitas en el término municipal, a unos cuatro kilómetros del núcleo urbano ambas: una dedicada a la Virgen, en su advocación de Andión, y otra al apóstol Santiago.

La vida del pueblo está marcada, entre otras cosas, por los acontecimientos religiosos, como si de un reloj o calendario se tratara. Así, cuenta con dos misas dominicales, una el sábado por la tarde, otra el domingo por la mañana, que posibilitan uno de los momentos de encuentro semanal. Además, las celebraciones cristianas anuales reúnen al pueblo bien para festejar a la patrona, la Virgen María en el misterio de su ascensión (15 de agosto), o a la patrona secundaria la mártir santa Apolonia (9 de febrero); bien para acudir en romería caminando desde el pueblo a las ermitas y pasar un día de fraternidad, el 1 de mayo a la primera, el 25 de abril a la segunda; bien para celebrar las primeras comuniones; bien para acompañar a una familia que ha perdido un ser querido; bien para festejar un aniversario, etc. Además, en determinadas ocasiones, el templo es utilizado a modo de auditorio, para que la coral o la banda municipal den un concierto navideño, por ejemplo, para hacer una representación de un auto sacramental, para recibir a

sus majestades los Magos de Oriente en la víspera de la Epifanía del Señor.

De algún modo, podríamos decir que la vida del pueblo tanto civil como religiosa están entrelazadas. Iglesia y municipio están al servicio de la sociedad, sin concebirse esta relación como una alianza de poderes. La parroquia crea vínculos entre todos los habitantes del pueblo, siendo visible la comunidad cristiana de Mendigorría.

Por otra parte, mis destinos pastorales han sido siempre en la ciudad, en Pamplona, cabeza de la diócesis y capital de la provincia de Navarra. Ahí he vivido experiencias diferentes a la de mi pueblo de origen. Concretamente desempeñé mi ministerio durante un año en la céntrica parroquia de San Miguel, en pleno ensanche. Diariamente contábamos con misas prácticamente cada hora desde las 7 de la mañana, a lo largo de la semana pasaban por los locales parroquiales una infinidad de niños para la catequesis de primera comunión o adolescentes preparándose para la confirmación, la lista de enfermos para visitar era bastante extensa... Mucha de la gente era de paso: acudían a una misa u otra porque les venía bien ese domingo, se apuntaban a la catequesis porque la parroquia estaba cerca del colegio o de las actividades extraescolares, pedían celebrar un funeral porque era una iglesia céntrica... Recuerdo cómo la gente preguntaba qué domingo iban a celebrarse las primeras comuniones o cuándo vendría el obispo para administrar la confirmación, para no ir a esa misa. En cambio, en mi pueblo, también la gente preguntaba lo mismo, pero con la intención contraria: acompañar a las familias que iban a celebrar un acontecimiento cristiano importante. Podríamos decir que también en la ciudad la parroquia estaba al servicio de la sociedad, sí; pero la comunidad parroquial quedaba diluida frente al individuo cristiano que utilizaba la parroquia según sus necesidades. Una experiencia totalmente diferente a la vivida en mi infancia y adolescencia.

Esta realidad va siendo común en nuestra sociedad actual. En la configuración urbana del siglo XXI, van creciendo los grandes núcleos urbanos en detrimento de las pequeñas poblaciones. Es por ello que hemos considerado oportuno dedicar un número a la

liturgia en las grandes ciudades y ofrecer algo de luz a esta realidad, donde la Eucaristía dominical no es punto de encuentro de una comunidad cristiana que se conoce, sino una reunión de cristianos individuales que celebran su relación con Dios, sin ser muy conscientes de que formar parte de la Iglesia significa pertenecer a una comunidad parroquial concreta, en la que, con otros creyentes, se celebra la fe y se comparte la vida, sin ser muy conscientes de que además de la relación personal con Dios está la relación comunitaria. Bien señaló C.S. Lewis, cuando el diablo Escrutopo escribía a su sobrino Orugario para aleccionarle sobre cómo podía debilitar al creyente que tenía encomendado: «Sin duda sabes, que si a un hombre no se le puede curar de la manía de ir a la iglesia, lo mejor que se puede hacer es enviarle a recorrer todo el barrio, en busca de la iglesia que “le va”, hasta que se convierta en un catador o *connosseur* de iglesias.» (*Cartas del diablo a su sobrino*, núm. XVI).

De modo que, para evitar esto, sería conveniente conseguir que cada el creyente acuda a la misa de su comunidad cristiana en lugar de buscar la misa que mejor se adapte ese domingo a su horario, potenciando así comunidades cristianas en las que puede haber, por circunstancias, creyentes de paso, pero en la que no todos son de paso. Recordemos cómo se describe la celebración dominical de los cristianos del siglo II en una única celebración que es encuentro de la comunidad cristiana: «El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo» (*Apología primera* 1, 67).

José Antonio GOÑI

Director de la revista «Phase»